

mandaba por los Franceses en este pais, á que renunciase al calvinismo.

Tal era el celo de este príncipe durante el mismo tiempo en que la religion tenia que reprehenderle tan grandes faltas; celo que se acrecentó en gran manera á medida que volviera á tener costumbres mas cristianas. Llenaba completamente las prácticas de la religion: todos los dias oia misa, y solo faltó á ella una sola vez, hallándose en el ejército. Guardaba en la iglesia la mas respetuosa postura, y exigia que los demas hiciesen otro tanto: observaba cuanto le era posible las reglas de la abstinencia, y las hacia tambien observar. Muchas leyes favorables á la religion fueron publicadas por Luis, esforzoso en reprimir el furor de los desafios, y en contener por medio de edictos rigurosos la licencia de las blasfemias. Deseó vivamente reunir á sus súbditos en una sola creencia, y para conseguirlo favoreció el celo de los misioneros, que se derramaron por muchas provincias para predicar en ellas la controversia. Estimuló á los escritores á fin de que se sirviesen de sus talentos para demostrar el vicio de la pretendida reforma. Creyó deber revocar una famosa ley que proporcionaba grandes ventajas á los protestantes, y redujo gradualmente sus privilegios. Intempestivo seria discutir aquí la equidad ú oportunidad de esta medida. Solamente podemos decir que si hubo en la ejecucion algunas injusticias locales, parciales rigores y violencias particulares, que de ningun mo-

do aprobamos, debe achacarse la culpa, no al príncipe, que no lo puede ver todo, sino á los subalternos que abusaban de su autoridad, y que todo se lo creian permitido lejanos de sus ojos. Él levantó muchos establecimientos útiles á la religion. No hablaré de esta fundacion magnífica, donde los defensores del Estado encontraban, despues de sus trabajos bélicosos, un asilo honorable, y un retiro piadoso y donde podian concluir su carrera, cuidando de su salud despues de haberla empezado en los ejercicios de los campos; no hablaré tampoco de esa otra fundacion, no menos respetable, destinada á la instruccion de jóvenes menesterosas, y á inspirarles sentimientos de piedad que las volviesen con el tiempo mas capaces de ser buenas madres de familia. Otros establecimientos fundó Luis mas especialmente dirigidos al bien y prosperidad de la Iglesia. Así concurrió á la fundacion del seminario de las Misiones estrangeras, de donde salian hombres apostólicos que iban á agitar la antorcha de la fe en las comarcas mas apartadas de Oriente. Obtuvo la ereccion de un obispado en Quebec; satisfizo las necesidades espirituales de los habitantes de las colonias. Estendióse su celo hasta la Grecia y demas paises ocupados por los musulmanes. Cerca del Gran-Señor era el protector de los cristianos oprimidos, y los libró muchas veces de las estorsiones y vejaciones de los infieles. Enviaba á estas desdichadas iglesias sacerdotes, libros y objetos necesarios á su culto.

Su embajador cerca la Puerta estaba encargado de velar por sus intereses, y uno de sus embajadores, el marqués de Ferriol, mereció los elogios del soberano pontífice por el esmero con que defendía y dulcificaba la suerte de los católicos. Tal vez se hallarán hombres desdeñosos que se reirán al ver á un gran príncipe entretenerse en esta clase de negocios. Mas no sé si la política no está de acuerdo aquí con la religion y la humanidad, y si este hermoso papel de protector de los cristianos oprimidos en Grecia y Asia, ese papel tan honorable para la Francia, no podia serle tambien útil bajo otro aspecto, procurando nuevas ramas á su comercio, y grangeándole amigos en el pais adictos á sus intereses.

Generalmente hablando, todos aquellos á quienes Luis dispensó su confianza fueron dignos de ella. El padre de la Chaise, su confesor, era un buen religioso, cuya moderacion hasta el mismo Saint-Simon ha ensalzado, aunque este señor tuvo por máxima no querer á los Jesuitas. Madama de Maintenon, á quien no queria mas, y á quien algunos escritores que lo han copiado han juzgado muy severamente, madama de Maintenon era una muger apreciable, modesta, desinteresada, y distante de todo espíritu de ambicion. Entre las mugeres que tuvieron influencia durante este reinado, ninguna abusó menos de su consideracion. ¿Por qué se manifiestan tan severos con ella, y tan indulgentes para con las demas? ¿Por qué se la

quiere hacer responsable de todo el mal que hubo lugar en su tiempo? Madama de Maintenon pudo engañarse con respecto de algunos hombres, mas generalmente tenia fineza y tacto, queria el bien, y era indulgente y moderada. Por otra parte ¿tuvo tanto influjo como comunmente se cree en la direccion de los negocios? No era suyo el adelantarse, y se echa de ver bien en sus cartas cuanto temia hacerse responsable de las consecuencias que hubiesen podido tener sus consejos: en cuanto á su piedad nadie la ha puesto jamas en duda. El duque de Borgoña, muy joven todavia, descubria ya esas calidades felices que escitaron despues tanta admiracion, y luego tantos pesares. El príncipe de Conti, el mismo que habia sido elegido rey de Polonia, príncipe generalmente querido y apreciado, finalizó su vida en 1709, llenó de los mas vivos sentimientos de piedad. El marqués de Cavoye, amigo de Luis XIV, terminó su carrera del mismo modo. Claudio Lepelletier, antiguo registrador de Hacienda y ministro de Estado, vivia en un piadoso retiro, y no se ocupaba sino en la eternidad. Le Pelletier de Sonzi, su hermano, consejero de Estado y director general de las fortificaciones, tomó tambien, aunque un poco mas tarde, el mismo partido. La princesa de Lislebonne se habia hecho célebre por su fervor. El marqués de Hanvoille, muerto en 1704, se habia consagrado enteramente á las buenas obras. Háse publicado la vida de la condesa de Auvernia, fenecida el mismo año.

Éra esta señora una protestante convertida, la cual diera grandes ejemplos de virtud. De Lorouse, brigadier de los ejércitos reales, despues de haber brillado en el servicio del rey, practicó en la Trapa las austeridades de la penitencia. De Courville, que habia tenido el mismo grado militar, de Clermont de Amboise, caballero de Reynel, y otros muchos guerreros apreciados, habian enteramente renunciado el mundo. En quanto á legos, los habia de todas clases que estaban pasando sus dias en piadosos retiros. Un penitente, cuyo nombre se ha ignorado siempre; por no haber sido conocido sino con el de *penitente de Château-Neuf*, por el lugar donde se habia fijado, vivió allí mas de treinta años, haciendo ejercicio de la mas ruda penitencia; háse creido comunmente que era una persona de distincion. Sebastian Chauveau llevaba en medio de la capital la misma vida que los anacoretas de la Tebaida; practicaba austeridades, y hacia muchas limosnas. El conde de la Riviere vino despues á participar de su soledad. Tristan Dusson de Bonnac, militar antiguo, pasó treinta años en el retiro, en plegarias y austeridades: murió en 1714. Finalmente puede decirse que no habia rango, ni condicion, ni edad, ni sexo, que dejase de presentar extraordinarios modelos; honrándose la religion con una multitud de nombres que se santificaban con la práctica de altas virtudes, y que no trabajaban con menos celo para la santificacion de los demas.

Sin embargo, lejos de nosotros pretender que la religion, por grande que fuese su ascendiente sobre los hombres, no contase ningun detractor. En medio de este concierto general y esta unánime disposicion de los ánimos, no faltaban algunos que mirasen la religion con culpable indiferencia, ó que tal vez hasta llegaban á despreciarla. Preténdese que en la sociedad del duque de Vendome y del grande prior, su hermano, se blasonaba de cierta licencia, á la cual se asociaba una especie de incredulidad. Esta sociedad, llamada *del Templo*, tenia fama de llevar bastante lejos la libertad de sus opiniones; mas era especialmente una sociedad de placer. La religion se miraba en ella mas bien como un yugo incómodo que como un sistema odioso; por quanto no se conocia entonces aun la incredulidad bajo las formas que ha tomado despues. Saint-Evremont, Chaulieu y otros, no eran sino unos epicúreos, que preferian á todo darse buena vida; pero sin pensar jamas en popularizar la irreligion. Los que se apartaban de la senda comun eran tildados con el dedo. Tal vez fué el único Boindin que tuviese la reputacion de ateo, y todavia no se sabe bien positivamente sobre que estribaba semejante reputacion. Háse dicho que el conde Boulainvilliers se escediera en la libertad de pensar, y sus escritos demuestran en efecto que abundaba en ideas harto atrevidas para la época en que vivia; mas hoy dia todos le tendrían por un escritor moderado. Fontenelle se ha visto colocado algunas veces entre los filósofos, pero bas-

tante gratuitamente; pues sus escritos, en vez de una crítica murmuradera, anuncian la reserva y la prudencia. Es por lo tanto difficilísimo citar dos ó tres personajes conocidos de esta época, que profesasen la incredulidad. Es menester convenir, con todo, en que los escritos de Bayle, puestos en circulación muchos años hácia, podian haber esparcido el espíritu de duda que constituye su fondo y alma. Por otra parte se los buscaba con avidez por mas de un motivo, y era por lo mismo muy posible que hubiesen hecho ya su impresion en el ánimo de los lectores fáciles ó mal dispuestos. Mas estos efectos se limitaban á una sola clase, y debió de trascurrir todavía bastante tiempo para que la incredulidad mereciese la atención por el número, la calidad y los esfuerzos de sus ciegos partidarios.

Hay todavía una clase de escritores franceses, de los cuales no hemos hablado mas arriba y que, sin embargo, no podemos pasar absolutamente por alto. Tal es la de los protestantes que salieron de su pais, quando la revocacion del edicto de Nantes. Muchos de entre estos se distinguieron por sus trabajos á saber: los dos Basnage, Beausobre, Jaquelot, Lenfant, Martin, Naudé, La Placette, Poirot, Saurin; los cuales se retiraron en Alemania, ó en Holanda y se dieron á conocer allí, el uno por sus investigaciones históricas, el otro en obras de controversias, este con sermones, aquel con tratados en favor de la religion en general. Jurieu, se fijó en Holanda y fué famoso por la fecundidad

de su pluma, por los arranques de su estilo y por sus ilusiones proféticas. Abbadie tuvo la feliz idea de consagrarse á la redaccion de obras de utilidad general. Alix, Dubourdieu, Gros-tête y algunos otros, retirados en Inglaterra á par de él, publicaron allí varios libros de controversia. Bayle, del cual trataremos mas de una vez, introdujo en Holanda la intemperancia de su erudicion y el peso de sus dudas. Le Duchat, su amigo, que le abastecia de notas, hizo poco honor á su comunión, en la eleccion de los objetos que le ocuparon. Barbeyrac, escribió sobre el derecho público y no parece haber sido muy religioso. Por lo menos habla en sus escritos con muy poco respeto, tanto de los santos Padres, como de la misma Biblia, y ha dado margen á creer que pertenecia á una secta, de la cual hablaremos en el artículo de Holanda y que habia hecho ya estragos en las comuniones protestantes.

ALEMANIA.

La Alemania, desde las grandes mudanzas y divisiones intestinas que la desgarraron en el siglo XVI, presentaba una mescolanza singular de diferentes religiones. Los católicos, los luteranos y los calvinistas mas ó menos numerosos, segun los paises se repartian las soberanías y las iglesias de este vasto territorio. Sosteniase la antigua creencia en Austria y en Baviera, donde apenas habia pe-

netrado el protestantismo. Tambien habia conservado grande preponderancia en los círculos del occidente, los Estados de los tres electores eclesiásticos permanecieron adictos al catolicismo. Los obispados de Bamberg, de Wurtzburgo, de Aichstedt, de Ausburgo, de Constanza, de Spire, de Worms y de Bale contaban un gran número de habitantes que no habian abrazado las nuevas doctrinas, y aun persistian muchos monasterios y establecimientos religiosos que podian contribuir á mantener su adhesion á la Iglesia romana. Muchos príncipes legos de estas comarcas no habian abrazado la reforma, ó la abandonaron luego. El electorado palatino acababa de pasar á la rama católica de los duques de Neuburgo. El margrave de Bade-Baden, el landgrave de Hese-Rhinfels, y otros soberanos, profesaban á la par la religion católica. En general el catolicismo dominaba en el círculo del Bajo-Rin, y corria parejas con el protestantismo en el Alto-Rin, en Franconia y en Suavia. La Sajonia, que habia sido la cuna del luteranismo, desde la cual se derramó por las demas comarcas, acababa de ver que la misma casa, protectora de la reforma en otro tiempo, la abandonó de repente. Cualesquiera que hayan sido los motivos de esta conducta en su origen, ello es muy cierto que la Providencia, echando mano de todo, la destinó á una inmensa ventaja. Muchos miembros de esta familia se han distinguido por una piedad eminente. Desde entonces, Dresde, que contaba poquísimos

católicos, los vió multiplicarse con rapidez. Un príncipe de Saxe-Zeits no solamente renunció el protestantismo, sino que abrazó el estado eclesiástico. Despues fué cardenal, y contribuyó á la conversion de muchos parientes suyos. En Berlin habia al principio algunos católicos, y despues pudieron ya edificar una iglesia. La Lusacia encerraba un gran número y habia conservado algunos establecimientos eclesiásticos. Las sillas de Munster, de Paderborn y de Hildesheim, permanecieron en su antiguo estado. La de Osnabruck, desde el tratado de Westfalia, estaba ocupada tan pronto por un católico, tan pronto por un protestante, con la condicion de que cuando fuese este titular, el arzobispo de Colonia deberia ejercer la administracion espiritual. El obispado de Lubbeck habia pasado á un príncipe luterano, el cual tenia la obligacion de conservar un vicario general católico para sus súbditos adictos á esta religion. Estos paises del Norte los gobernaban espiritualmente vicarios apostólicos, enviados por la corte de Roma. Cuando, en 1692, dió Leopoldo el bonete electoral al duque Ernesto-Augusto de Brunswick-Luneburgo, exigió que el nuevo elector concediese una iglesia á los católicos de Hanover, y que permitiese residir en él á un vicario apostólico. El número de los católicos no dejaba de ser considerable en este ducado. Un hermano de Ernesto, Juan-Federico, duque de Calenberg, muerto á fines del siglo XVII, era católico, á la par que la prin-

cesa su esposa y sus hijas. Mas abajo veremos al duque de Brunswick-Wolfenbuttel declararse por esta religion, y protegerla en sus Estados. Finalmente hasta en los paises donde estaba entronizado el protestantismo, y de consiguiente prohibido el culto público de la religion católica, los fieles adictos á la antigua creencia tenian capillas privadas para el servicio divino. Algunas veces poseian las mismas iglesias de los protestantes, asistiendo á ellas en diferentes horas. El tratado de Westfalia habia establecido con respecto á este y muchos otros puntos disposiciones favorables á los protestantes. Habia secularizado obispos, y acrecentado muchísimo los dominios y prerogativas de los príncipes separados de la Iglesia romana. Los católicos, al contrario, habian perdido en muchas partes, no solamente sus ventajas temporales, sino los privilegios mas esencialmente ligados con la religion.

Los cardenales alemanes eran Leopoldo de Kollonitsch, arzobispo de Colocza, Juan-Felipe de Lambergh, obispo de Passaw, Guillermo-Egon de Furstemberg, obispo de Estrasburgo, y Vicente Grimani, bien que estos dos podrian colocarse entre los cardenales de otras naciones, puesto que el cardenal Grimani era veneciano, debiendo su capelo á la proteccion del emperador, y el cardenal de Furstemberg, adicto desde mucho tiempo á la Francia, estaba unido á esta nacion con lazos nuevos desde que fué consagrado obispo de Estras-

burgo, recientemente conquistado por Luis XIV. El cardenal Kollonitsch era húngaro, y habia sostenido con calor los intereses del emperador durante las disensiones de este pais. Tanto por su crédito como por sus liberalidades rescató una infinidad de cristianos cautivos en el Moro. El cardenal de Lambergh y él merecian á la vez la confianza de Leopoldo.

Los tres electores eclesiásticos eran por Maguncio, Lotario-Francisco de Schoenborn; por Colonia, Jose-Clemente de Baviera, y por Treves Juan-Hugo d'Orbeck. Estos prelados, conforme á un abuso que habia prevalecido en Alemania, poseian ademas otros obispados. El arzobispo de Colonia entre otros era por una triple infraccion de las leyes canónicas, obispo de Liege, de Hildesheim y de Ratisbona, reuniendo así sobre su frente la administracion de cuatro vastas diócesis. Hasta habia en esta acumulacion de dignidades abusos de diferentes especies. Porque este prelado, obispo de cuatro grandes villas, no era aun sacerdote, ni siquiera habia sido ordenado. No habia cumplido aun doce años, cuando un breve de Inocencio XI lo habia ya elegido para las sillas de Colonia, de Liege y de Hildesheim, con la condicion de que las sillas de Ratisbona y de Frisingue, en cuya posesion se hallaba, se considerarian desde entonces como vacantes; condicion que no fué completamente cumplida, puesto que el joven príncipe cobró todavía las rentas de Ratisbona.

Una concesion de esta naturaleza, hecha por un Papa tan regular y austero como Inocencio XI; no puede esplicarse de otro modo que por las importunas instancias de grandes potencias; las cuales se creian en derecho de obtener todo lo que deseaban. La casa de Baviera, la familia católica mas poderosa de Alemania, despues de la casa de Austria, habia solicitado con ahinco dispensas que desgraciadamente tenian muchos ejemplos: haberlos arancado una vez parecia una razon para volverlos á exigir con mas conato. La casa de Austria, unida entonces con el elector de Baviera, habia apoyado las demandas de esta, y no se creyó, á lo que parece, que fuese posible resistir á tan poderosas intercesiones. Análogas circunstancias esplican á la par cien otras infracciones semejantes de las reglas de la Iglesia; infracciones que habia casi consagrado la ambicion y que por desgracia no dejaban de acarrear grandes inconvenientes en un pais, donde las diócesis son estensísimas y la mezcla de los protestantes con los católicos exigia mas celo, mas cuidados y vigilancia. Es verdad que los obispos alemanes tenian todos vicarios generales, revestidos del caracter episcopal y encargados de ejercer sus funciones en su vez. Mas estos prelados subalternos, si es lícito llamarlos así, no tenian de mucho la misma autoridad que los príncipes obispos que los empleaban, y su celo, por grande que hubiera sido, no hubiera reportado jamas los mismos resultados. Es menester confe-

sarlo, la mezcla de la autoridad espiritual con la temporal en Alemania no habia sido tan favorable en la religion como pudiera pensarse. El sabio Fleury lo ha observado ya antes que nosotros, y podemos muy bien permitirnos semejantes observaciones por ser de un hombre tan juicioso, sin que por eso se entienda que aprobamos un trastorno que en vez de remediar ha empeorado el mal. Tres obispos soberanos se olvidaban con demasiada frecuencia de que eran tambien obispos, para no fijar la atencion sino en que eran príncipes: la administracion temporal era lo que menos olvidaban. Muchos inconvenientes hubiesen hallado en confiarla á un ministro, el cual hubiese podido muy bien creerse el verdadero soberano. Así es que preferian tomar las riendas del gobierno civil y encargar los pormenores eclesiásticos á un vicario general, cuya ambicion no tenian que temer; creyéndose este raramente obligado á poner mas atencion y exactitud en su cargo que el mismo príncipe. Hé aquí porque la educacion eclesiástica estaba descuidada, porque habia menos instruccion y regularidad, porque estaban rotos en fin los lazos de la disciplina. Puede concebirse con mucho fundamento que los protestantes hubiesen hallado mas dificultades en propagar sus doctrinas en Alemania, si las sillas episcopales de este grande pais hubiesen sido ocupadas por pastores limitados á un obispado único y nada distraidos por los negocios del gobierno temporal. Si hubiesen